

# T E A T R O



## JEAN LOUIS BARRAULT

CUANDO Barrault habla de su profesión teatral —que no se limita a la actuación, sino que se extiende a las labores de director y aun de co-autor—, le oírís pronunciar con frecuencia las palabras *amor, participación, comunión, santuario, sacrificio*. Vocablos muy poco comunes en el léxico de un actor. ¿Es que Barrault entiende el teatro como un acto de fe y entrega, es decir: en un sentido religioso, místico? Parece que sí, que ha encontrado en su arte una manera de creer y de darse. Al fin y al cabo, el actor no compromete sólo su inteligencia en su creación; entrega también su propio cuerpo, cual un Cristo menor.

Barrault tiene algo de místico. Su rostro afilado y aquilino, su cuerpo delgado y nervioso, recuerdan los espiritados retratos del Greco. Verlo ensayar es ver a un ser humano olvidarse de todo lo que no sea el objeto de su amor. Desde la oscuridad de la sala de butacas, Barrault observa silencioso la labor de sus compañeros. En cierto momento se levanta, salta al tablado, actúa unos minutos y de pronto se interrumpe para indicar a una actriz los gestos adecuados. Luego salta otra vez a la región oscura del espectador y va sentándose en varios sitios, a fin de contemplar el ensayo desde diferentes ángulos. Y más tarde, unos minutos antes de que el telón suba frente a un imponente racimo de rostros expectantes, todavía puede vérselo ocupado en enfocar con más precisión algún reflector. Ahora compone el gesto, da unos pasos y entra en la obra,

y la

## PANTOMIMA

Por José DE LA COLINA



...recuerda los retratos del Greco...

En todos esos actos hemos visto ese amor de que habla siempre. El amor de un cirujano hacia el cuerpo en trance de muerte que intenta rescatar; el amor de un pintor hacia tal paisaje, tal momento luminoso, tal sonrisa que quiere salvar del olvido. Hay en esa actitud del creador ante lo que tiene entre manos, una amorosa contemplación, una atención intensa que ha salido del éxtasis sólo para perpetuarlo. De ahí esa impresión que produce Barrault de actor que goza con su actuación. Por cada personaje que interpreta, Barrault va encontrando en sus adentros un maravilloso y vivo desconocido que surge a la luz gesto tras gesto.

LA intención del artista no es imitar la vida, sino crear vida. Barrault monta sus obras conscientemente en el estilo mismo del arte teatral. Barrault no huye de las convenciones artísticas; las acepta, las sublima, las hace servir al total de la obra. Tales convenciones, que en un artista malo —o digamos inconsciente— serían afectación, pastiche de la vida, en Barrault son vida y belleza.

Coquelin *el viejo* decía: "El actor crea su modelo en la imaginación, y luego, como hace el pintor, toma cada rasgo de ése y lo reproduce en sí mismo, como aquél en la tela." Como se advierte, la técnica que Coquelin propone —y a la que según creemos se adhiere Barrault— se basa en la *recreación* del personaje, no en reproducir sobre el escenario "lo que uno haría naturalmente". El arte del actor, como todo arte, exige un estilo. La sencilla acción de beber un vaso de agua no se representa del mismo modo en una obra de Molière que en una de Shakespeare. Igualmente el *Hamlet* de Barrault no tiene que ser idéntico al de Lawrence Olivier. Barrault tiene su *derecho de estilo*.

Jean-Louis Barrault, en su actuación, se propone antes que nada presentarnos la sola imagen del personaje, sus gestos, su voz, para lograr, a medida que relaciona esa imagen con los otros elementos activos o pasivos de la escena, la total sensación de vida.

El arte del actor está formado de palabra, plástica y dinámica. Hay sin embargo un actor que usa únicamente los dos últimos componentes: es *el mimo*. Barrault pertenece a la escuela de los actores mimos. En muchas de las representaciones que le vimos era harto visible su capacidad para decir mil cosas sin usar de la palabra. Representando la pantomima *Baptiste* mostraba la vocación de un poeta que dijese sus poemas en silencio. Barrault nos parece un poeta del silencio.

¿QUIÉN es Baptiste? Fué el Pierrot de los hambrientos, el pálido poeta del Bulevar del Crimen, en el París de 1840. No el delicado, bobo y dulzarrón Pierrot del siglo XVIII, de quien el vulgo cantaba:

*Au clair de la lune,  
Mon ami Pierrot,  
Prête-moi la plume  
Pour écrire un mot...*

El Pierrot de los funámbulos era un personaje complejo, rico en matices y sugerencias, un ser cuyo destino trágico era arrojado frecuentemente al terreno de la farsa. El creador de este Pierrot, debajo de cuyo rostro enharinado existía una mezcla terrible de amor, furia, tristeza y alegría, fué Jean Gaspard Baptiste Debureau, que atraía tanto al público basto de la barriada parisina como a un artista refinado del corte de Teófilo Gautier. Se dice de Baptiste Debureau que convertía las sencillas peripecias burlescas de sus pantomimas en dramas casi shakespirianos.

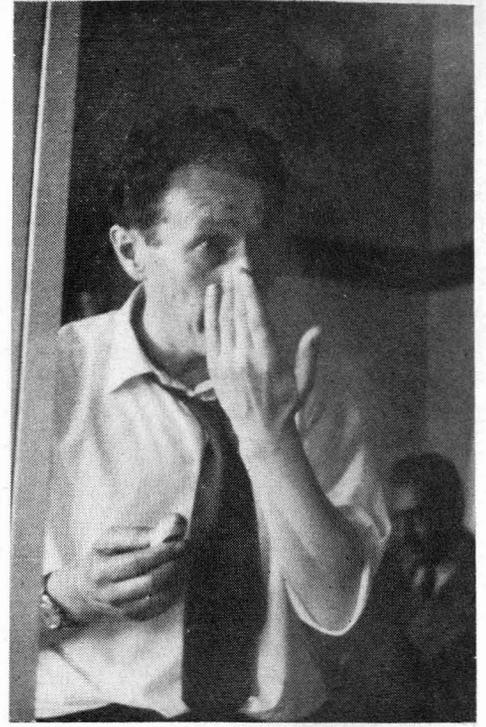
Jean-Louis Barrault ama la pantomima. Su maestro es el fundador de la escuela moderna de la pantomima: Etienne Decroux, que ha formado también a uno de los mejores mimos actuales, Marcel Marceau. Este *Baptiste* que Barrault representa es precisamente la pantomima que maravillaba a Gautier —*Chand d'Habits*—, pero rejuvenecida por el poeta Jacques Prévert y el compositor Kosma.

Con un escenario de telones de fondo superpuestos y corredizos que sigue el estilo inocente de los decorados de los Funámbulos, y al ritmo de la música evocadora de Kosma, Barrault representa *Baptiste*. Pero ¿lo representa? Sería mejor decir que Barrault nos hace soñar *Baptiste*. La silueta alada, flotante, blanca de pies a cabeza, cruza la escena como un ser sin peso carnal, sin realidad física, como un sueño. Los gestos patéticos e infantiles de su rostro pálido y espectral, de sus manos ondulantes, parecen llegar desde un mundo lunar y apenas existente. Sí, *Baptiste* es a la vez un personaje soñado y soñador, un ser bajado bruscamente del sueño a la realidad. Todo lo prueba: su inocencia, sus asombros, su torpeza, su indecisión. “*Baptiste*, pariente inocente de Hamlet”, dice Barrault. O sea, hecho “de la materia misma de los sueños”.

¿Cómo expresar en palabras el dolor, la alegría y el terror que emana de este poema en gestos? *Baptiste*, allí en la escena, palpita tragicómicamente, llenando toda la sala con flúido extraño, el flúido de la comunión. En el silencio, la pantomima recuerda un rito donde se funden la sangre y el vino, la alegría y el pan. Todo esto ha venido, lenta, oscuramente, desde quién sabe qué antiguos



...la fuerza de los dibujos de Picasso...



...crea mil objetos invisibles...

ritos religiosos, desde la fiesta de Dionisios, desde los “misterios medievales, aun desde las misas negras.

Y ese fantasmal rostro blanco, ¿por qué se repite en Pierrot, en Baptiste, en Grimaldi, en Charlot?

(Baptiste caza mariposas por el gusto de dejarlas volar. No hay nada de extraño, entonces, en que se enamore de una estatua. Vedle ofreciendo flores a su amada inmóvil, ved su azoro cuando ella no las acepta. Baptiste se duerme, y Arlequín se lleva a la hermosa. ¡Pobre Baptiste! Con sus lágrimas riega una flor; luego decide matarse. Va a colgarse de un árbol, lo ha decidido. Pero he aquí una niña que entra regocijada y que le pide la soga para jugar. Baptiste no sabe

negarse, se limita a mirar pacientemente a la niña que salta a la cuerda. Nuevamente Baptiste tiene en las manos su instrumento de suicidio, ya se la ha puesto al cuello, e incluso ha dado unos tiros. Ahora entra una bella lavandera con su carrito de ropa. Baptiste se ve obligado a prestarle la cuerda y aun a servir de palo de tendadero, todo porque la moza sabe usar —y abusar— de sus encantos, que alejan a Baptiste de la idea de la muerte.

Baptiste no sabe resistir a los encantos más falaces. Cuando la Duquesa —la estatua— entra en la joyería donde el infeliz es empleado, recibirá de éste un diluvio de joyas. Regalar joyas es la alegría

(Pasa a la pág. 32)



Recepción en la Torre de la Rectoría.

# JEAN LOUIS BARRAULT Y LA PANTOMIMA

(Viene de la pág. 26)

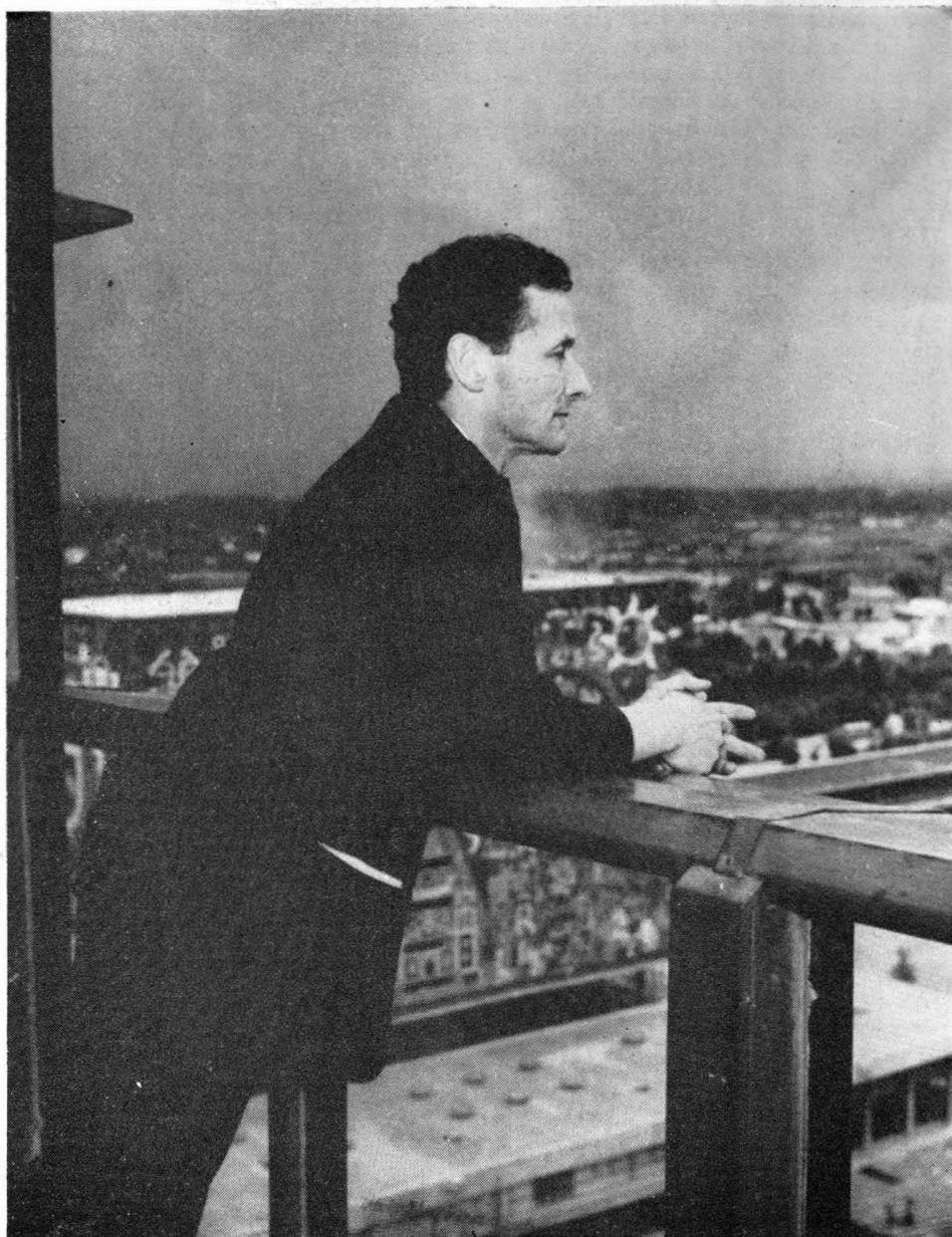
del pobre Baptiste, que pasa unas hambres enciclopédicas y trata de robar algunos trozos del alimento de su patrón. Ya hemos dicho que no sabe resistir: por estar al lado de la bella es capaz de convertirse en cochero y hasta en caballo del carruaje. Es capaz incluso de matar. He aquí un inocente, el más inocente de los seres que pisan la tierra, convertido en un asesino: por entrar al baile de la Duquesa, por obtener un frac —tenía que ser un frac blanco—, Baptiste mata al larguirucho ropavejero. Y luego, en pleno baile, ya vencido Arlequín y ganado el amor de la coqueta, Baptiste tendrá muy poco tiempo para saborear su victoria. Como el fantasma del Barón de Cawdor ante Macbeth, el ropavejero —atravesado el pecho por la espalda— viene a destruir toda la ilusión de Baptiste; le quita el traje, y el ingenuo usurpador se derrumba. Baptiste ya no es nadie; sólo le queda, en último gesto de dignidad, arrancarse del pecho el corazón y ofrecerlo a su amada. Luego, como en una pesadilla, el ropavejero le obligará a bailar una danza espantosa. Pero todo ha sido un mal sueño. Lo único cierto es que la bella no se mueve, y que Baptiste estará siempre, silencioso y triste, pegado a su pedestal.

Barrault no necesita siquiera reproducir fielmente los gestos. Le basta con iniciarlos, con sugerirlos. Estos gestos apenas esbozados tienen la misma fuerza expresiva que esos dibujos de Picasso hechos con unas cuantas líneas nerviosas, admirablemente sencillas. En ambos artistas, en Barrault y Picasso, está presente esa amorosa atención surgida del éxtasis, y más vital que toda copia naturalista.

Un sólo gesto de transición entre la comedia y la tragedia, entre la alegría y el miedo, entre el amor y la ira. Jean-Louis Barrault crea mil objetos invisibles entre sus manos, recorre kilómetros sin desplazarse un centímetro de su lugar, persigue mariposas cuya existencia nos ha hecho creer. La blancura de su rostro tiene sucesivamente el color de todas las pasiones; haciendo temblar sus largos dedos cerca del rostro, nos hace ver lágrimas. Cuando se encoge de hombros o se desparrama con su larga blancura en el suelo, mostrando la negra desgarradura de su boca, Baptiste-Barrault está compartiendo su corazón con el público.

Esa figura irreal que gesticula en el escenario es una creación del amor, esencia del arte. Jean Gaspard Baptiste Debureau —que murió a consecuencias de una caída por un escotillón, en una de sus actuaciones—, Grimaldi —que desde su lecho de moribundo lamentaba no poder divertir más a la gente con sus cabriolas, bufonerías y furias— y, en fin, Max Linder —que poco antes de suicidarse reconoció con tristeza la superioridad como mimo de Chaplin— sabían bien cómo se cumplía ese amor. Es ese el impulso secreto que desmiente a los que creen que existe un arte gratuito.

El arte mímico de Barrault nace, según él mismo ha escrito en alguna parte, *par amour pour toute cette humanité, pour toute cette vie qu'on peut recréer*. Agradecemos que un artista de nuestro tiempo esté animado por este espíritu.



*El actor contemplando la Ciudad Universitaria*



*JEAN LOUIS BARRAULT en el Auditorio de Medicina, Ciudad Universitaria.*